

Entrevista al profesor

MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ

Fernando Félix*

Reunidos con el profesor Miguel Ángel Fernández para preguntarle sobre su experiencia (fundamentalmente institucional) en el mundo de los museos y en la museografía, surgieron comentarios y opiniones que hemos reunido en distintos apartados para facilitar su lectura.

Hablando de otros tiempos, estimado Fernando, recuerdo que nuestro último encuentro fue cuando ambos montamos una exposición prehispánica en el Louvre, *Reflejos de vida*, inaugurada por los presidentes de Francia y México: un evento y una sede de gran relevancia. Lo traigo a colación ya que ello también es *reflejo* de los alcances de la museografía mexicana. Me parece un buen preámbulo para evocar experiencias satisfactorias que hemos vivido con tantos colegas museógrafos. A ese respecto, y sobre aquellos momentos, lo que más tengo presente después de 40 años de labor en museos es la oportunidad de haber aprendido con cada puesta en escena, con cada esfuerzo expositivo. Ningún proyecto museístico es igual a otro. Esa acumulación de patrimonios, ese aprendizaje perpetuo es lo que más he buscado y anhelado en mi vida profesional, y eso sólo me lo podía dar “La Institución”, como me gusta llamar a la totalidad de los museos.

UNA DEFINICIÓN DE “MUSEO”

Dentro de las múltiples disciplinas y dimensiones de los museos, la que más me atrae, en lo personal, es la *historia* misma de la institución museal. Creo que estudiarla le da rumbo y sentido a un profesional para realizar su trabajo. He constatado, al investigar los últimos siglos, que el museo es una institución que busca renovarse en forma constante y que incluso ha transitado por varias revoluciones. Eso lo he tomado como una enseñanza para el presente. Resulta irónico que el museo, empresa considerada con frecuencia como “conservadora” (por su labor “conservacionista”), requiera cambiar de modo incesante para sobrevivir.

Existen muchas propuestas para definir o describir a los museos. Es más fácil describirlos. Pero si recurrimos a una definición, tenemos la más “oficial”, aquélla redactada por el ICOM (el Consejo Internacional de Museos) y que casi todos conocemos. En lo personal me gustan otras más breves, aunque parciales. Por ejemplo, la que retrata al museo co-

mo “otra vía del conocimiento”. Admito, sin embargo, que el museo es más que eso. No es sólo conocer, aprender. El museo debe responder a *todas* las dimensiones del hombre.

Por lo anterior, si tuviera que “definir” al museo, me gustaría expresarlo como “el cambio en la continuidad”, algo similar al concepto mismo de civilización. La esencia del museo, a mi parecer, consiste justamente en crear, acumular “con criterio”, cambiar y mejorar con cada generación. Digo lo anterior porque aún estamos a principios de milenio y siento que no hemos entrado a una nueva etapa. Todavía seguimos una fórmula propuesta en el siglo pasado. Creo que la museografía debe encontrar un nuevo discurso, nuevos planteamientos expositivos que amplíen ese “éxito” que ha conocido el museo al abrirse a los más jóvenes y a la sociedad misma.

Otra “definición” que me gusta imaginar y complementa la anterior es el museo como “un acto de equilibrio”. Si uno se excede, si olvida ciertos postulados, técnicas o aspectos a favor de unos pocos ingredientes, entonces el museo como provocador de conocimientos y sensaciones falla en lo sustantivo. Por ello el profesional de museos debe ser atrevido, pero conocedor de la historia, de sus públicos, de su momento y de los valores de su patrimonio.

A ese respecto gente de museos en España ha tratado de definir a la institución como una “empresa”, noción que no me agrada mucho. La empresa posee otras connotaciones, tal vez un énfasis más comercial que cultural. Yo sé que el museo necesita recursos y adecuarse a la vida real, pero el término “institución” se lleva más con el carácter serio, académico, social y cultural de los museos de siempre.

Opino también que cada quien haga su museo, que luche por ellos, que se multipliquen. Creo que no hay que constreñir a nadie. Así como deben responder al hombre, al visitante, los museos deben ser tan variados como las personas mismas. Creo que no hay una sola fórmula de museos. Cuando era joven a veces afirmaba que tal o cual museo era una “aberración”. Ahora sé que no se debe reaccionar de esa manera. Me parece que tiene que ser libre para expresarse y lograr el cambio adecuado, en México y donde se necesite. Habrá algunas experiencias desafortunadas, pero esto no compensa restringir la libertad necesaria para buscar nuevas fórmulas.



Faraón. *El culto al Sol en el antiguo Egipto*, Museo Nacional de Antropología, 2005 **Fotografía** Miguel Ángel Fernández

Por otra parte no quisiera dejar de decir lo siguiente: me interesa tremendamente el museo como punto de encuentro. La gente ya no tiene un lugar familiar donde se sienta segura ni muchos espacios para reflexionar, disfrutar y conocerse. Los museos están para ello.

LOS SERVICIOS EN EL MUSEO

Hace décadas había una especie de decálogo para los museos, mandamientos dictados por la experiencia y las prácticas de entonces. Tal vez convendría volver a profesar algunos de ellos. Uno de aquellos consejos predecía que si el museo “no tenía raíces en su entorno”, en su comunidad, en su cultura, ese día desaparecería. Aun en estos años globales tal afirmación es válida. Otra vez es cuestión de no olvidar el equilibrio entre museología, museografía y realidad. Ampliar los servicios del museo, por ejemplo, lo ha convertido ahora en un espacio de encuentro: quizá la transformación más noble de nuestra institución. Antes nos aconsejaban que destinásemos 20% del inmueble a los servicios para el público; ahora sabemos que conviene reservar la mitad o más del espacio para los múltiples servicios requeridos por los visitantes que acuden a los centros expositivos, porque la gente no sólo viene a ver las pinturas de determinado artista, tal ban-

dera o alguna instalación: también acude a un lugar de esparcimiento, de convivio, de aprendizaje y disfrute. No deja de ser vigente el viejo sueño del “Museo total”, aquel que aspiraba a reunirlo todo bajo el techo de las musas. Precisamente una de las inmensas virtudes de la institución museal es que ningún otro establecimiento cultural ofrece tantos servicios: talleres educativos, bibliotecas especializadas, auditorio para usos múltiples, cine, área de expendios propios del museo con productos culturales, una labor editorial impresionante, etcétera. Este desarrollo no es sólo para prolongar la visita, sino una exigencia social. La oferta de servicios también atrae a familias, personas con diferentes capacidades, turistas, escolares y grupos de toda índole. Esta tendencia no es gratuita: es el resultado de la *vocación de servicio* que el museo asumió desde el inicio de los tiempos.

Una de las grandes editoriales del mundo es la institución museal, sin duda alguna. Y no sólo hace catálogos. Lo que imprimen, investigan y editan los museos es impresionante. Su aportación académica, científica y literaria no ha sido reconocida a plenitud, aunque sea la gente, más que los organismos de gobierno, aquella que la reconoce.

Esa labor debe continuar, pues da solidez científica y académica al museo.



Reflets de la vie. Art de l'Occident du Mexique, Paris, 1997 Fotografía Fernando Félix

LA MUSEOGRAFÍA

Debemos estar conscientes del papel cada vez más relevante de la museografía, que hasta hace poco era concebida como una especie de artesanado menor. No se consideraba una profesión como la de un arquitecto ni se le suponía a la altura de los curadores. Pero, como era inevitable, las cosas han cambiado. No hace mucho tiempo leí un texto sobresaliente del amigo y museógrafo Fernando Arechavala, donde señala con claridad todo aquello que compete a la profesión museística. Él concluye señalando algo que debía ser evidente: si la museografía constituye el último paso del proceso expositivo, entonces contiene y resume toda la puesta en escena, desde el diseño hasta el montaje. Resulta ser que la museografía es, en verdad, la que integra y transmite el discurso museal.

Atrás quedó la época en que el museógrafo anónimo debía hacerlo todo: cargaba las piezas, hacía los bocetos de distribución y el diseño, cerraba la vitrina, aplicaba la gama cromática que él escogía, dirigía la iluminación, soportaba al director y, si era un buen museógrafo, barría cada par de horas los desechos que su propio trabajo iba acumulando en la sala, previo a la inauguración.

Por fortuna, aquella rutina de la primera mitad del siglo xx quedó en el pasado. En la actualidad pocos dudan de la compleja interdisciplinariedad que conlleva la puesta

en escena, al grado de que el buen desarrollo de un proyecto museal depende de esa armonía entre investigadores, especialistas, arquitectos, diseñadores técnicos, restauradores y mucha otra gente de talento. El museógrafo, además de haberse forjado en la trinchera del proyecto, interpretado al curador, sentir literalmente las piezas y tener la responsabilidad de concluir el museo o la exposición, debe poseer la referida habilidad para conjuntarlo todo, de modo que un tema o un siglo quepan en la reducida geografía de una sala.

El diseño del museo es una actividad clave de la museografía. Se trata de un discurso que le habla a una generación en particular. El diseño de cada museógrafo va muy con su generación; es decir, los colores de hoy en día no son los que poníamos hace 30 años, cuando se prefería el pañito verde y el pañito café. Hoy es mucho más profesional, muy cuidado. De por sí el diseño es una actividad creativa, una obra de arte, un discurso especial que obviamente requiere adaptarse a las piezas. Necesitas conocer cada pieza, cada guión y simbolismo a fondo. El diseño tiene que ser respetuoso y sensible.

LA MUSEOGRAFÍA MEXICANA

Lo diré convencido de ello: la museografía mexicana tiene un mérito inmenso y probado. Pocos países ponen tanto énfasis y cariño en sus proyectos. Nuestra museografía es compleja, trata de rescatar contextos y se esfuerza por ser didáctica. Ha sido así por muchas décadas. Ello le ha traído, sin duda, un reconocimiento internacional; pero no por ello es justipreciada en el ámbito nacional. Creo incluso que la museografía mexicana es una de las grandes virtudes del país. Hemos tenido museógrafos notables, antes y ahora. Por mi edad, he conocido a muchos de ellos. Si con razón se ha dicho que las exposiciones son nuestras mejores embajadoras, los museógrafos representan los artifices de ese inevitable trasfondo nacional. Se pensaría que exagero, pero existe cierto modo de realizar el montaje, una determinada gama cromática que tiende a surgir cuando se trata de exponer la cultura propia, algo así como “a la manera mexicana”. No me refiero, obviamente, a una determinada “escuela mexicana” de museografía. Quiero decir más bien que el museógrafo mexicano desarrolla una escenografía bastante más compleja y rica que la que se observa en muchas otras partes del mundo.

LA PROFESIONALIZACIÓN DEL PERSONAL DE MUSEOS

En esta rápida transformación de la museografía mexicana también resulta fundamental la contribución de nuestras escuelas donde se imparten cursos, grados y diplomados en materia museográfica. Como en tantas otras áreas, la capacitación, la profesionalización de la museografía son las claves para el pleno desarrollo de nuestros montajes en mu-

seos y exposiciones. Mucho falta por hacer a ese respecto, pero hay institutos nacionales y universidades que han tomado cartas en el asunto y los resultados se encuentran a la vista. La museografía es teórico-práctica e implica años de formación, y lo que complementaría su desarrollo consistiría en permitir que los jóvenes mexicanos interesados en esta rama cuenten además con facilidades para viajar al extranjero, analizar proyectos recientes o en curso y de este modo comparar esfuerzos similares en otras latitudes, lo mismo que acceder a niveles superiores de profesionalización en su campo. En síntesis, la museografía mexicana goza de buena salud, pero debe ser apoyada, sostenida, a la par que reconocida.

La profesionalización probablemente sea la tarea más urgente. Ojalá que pronto logremos hasta doctorados en museografía. Antes, con frecuencia, debíamos recurrir a arquitectos, diseñadores y artistas para montajes especiales, ya que no había suficientes museógrafos. Es el caso de Europa, que suele contratar a célebres diseñadores comerciales (por decirlo de alguna manera) para atender magnas exposiciones y museos de nueva creación. Hay algo preocupante en ello, ya que éstos no cuentan con previa experiencia museal o bien tienen un total desconocimiento sobre cómo tratar y conservar el patrimonio o tienen una gran ignorancia sobre los públicos a los que se dirige el proyecto.

¿Por qué no empezar esa carrera desde el inicio, desde joven? ¿Por qué no reconocer su amplitud de metas y funciones y prepararse en forma adecuada para ello? ¿Por qué incluso no pensar en fórmulas y soluciones más ambiciosas o especializadas y todavía necesarias? Por ejemplo, si en México existe la carrera del “ingeniero-arquitecto”, ¿por qué no formar y titular entonces al “diseñador-museógrafo” o al “museógrafo-arquitecto” como una especialidad? ¿Por qué no darle la vuelta a la situación actual cuando esto lo amerite? Más aún, nosotros, los profesionales de los museos, ya hablamos de “otras arquitecturas” en el interior del edificio: el discurso temático, el despliegue museográfico, etcétera. Por lo visto debemos mejorar nuestro vocabulario e ir más allá de la arquitectura y de otras disciplinas que hemos confundido en el pasado.

En síntesis: la museografía es una labor reflexiva, creativa y técnica que desemboca en un relevante medio de comunicación cultural. No es sólo un acondicionamiento interior de un museo, sino una profesión que descansa en un cúmulo de experiencias y cálculos, que abre caminos a la curiosidad y al diálogo. Los museógrafos proceden con responsabilidad hacia los bienes y asuntos que les han sido confiados, al crear un discurso especial con objetos, conocimientos, valores y texturas, así como al generar relaciones y procurar sensaciones. La museografía es, por tanto, una profesión fincada en compromisos culturales y sociales.

LOS ARQUITECTOS Y LOS EDIFICIOS DE LOS MUSEOS

Algunos arquitectos, no todos, se olvidan o desconocen que los museos más dinámicos y didácticos se hacen de adentro hacia fuera. Es necesario pensar antes de actuar. Hay que reflexionar y enchufar el cerebro mucho antes de proceder a construir. Ello va de la mano con la interdisciplinaridad y el espíritu de equipo que deben prevalecer en todo proyecto museal. También implica, por tanto, eliminar protagonismos que a la larga resulten problemáticos. Está comprobado que la tendencia actual es la de construir museos en espacios especialmente concebidos para ello en vez de reutilizar monumentos que, aunque grandiosos, impiden alojar instalaciones necesarias para los diversos servicios que el museo contemporáneo exige. De nueva cuenta la noción del equilibrio en el museo debe imponerse para lograr la justa armonía entre continente y contenido, entre inmueble y colecciones o temas.

Soy el más ferviente admirador de la formidable contribución de la arquitectura contemporánea a la institución museal. A no dudarlo, parte del atractivo de los museos actuales es la impactante calidad y variedad de recintos museísticos proyectados por los mejores arquitectos del mundo. Pero también debemos recordar que el público acude a los museos y a las exposiciones primordialmente para ver a Rembrandt o al más completo ejemplar de *Tyrannosaurus rex*, y no precisamente para ver puertas y ventanas. Se trata de una discusión interminable, pero ya es hora de poner cordura y prioridades en el interior del museo. La arquitectura debe ser libre, pero la institución museal tiene su misión y visión, que también hay que tomar en cuenta. Hace unas semanas tuve varias reuniones con el arquitecto japonés Toyo Ito acerca de un futuro museo. Me sorprendió gratamente su disposición inicial de escuchar, durante días, al hombre de museos. Apuntaba y apuntaba aquel arquitecto que tanta obra, museos y galerías ha diseñado por el mundo. Su respeto, humildad y entrega al proyecto son un ejemplo para mí y para cualquier equipo plural.

ALGUNAS EXPERIENCIAS PERSONALES

Si hacemos una revisión del pasado cercano, como me has preguntado, te confesaré que recuerdo los años en los museos del INAH como una época gloriosa. Se hacían museos y exposiciones no sólo por todo el país, sino también en diversos continentes. Lo mejor de esos proyectos es que todo el instituto participaba en cada evento: los restauradores del INAH resucitaban las piezas, los investigadores de la institución elaboraban los guiones y cederarios, los arqueólogos y antropólogos también complementaban al equipo museográfico, etcétera. Cada proyecto era, o parecía, una causa auténticamente nacional y la prensa lo trataba con gran difusión e interés. No importaba la escala ni la cantidad de recursos. El mismo entusiasmo y cariño se le otorgaba a Palenque, Acapulco o a la renovación del Alcázar del Castillo de Chapultepec.



Isis y la Serpiente Emplumada, Fórum de Monterrey (2007) y Museo Nacional de Antropología (2008) **Fotografía** Miguel Ángel Fernández

Por otro lado, la creación de los museos comunitarios, diseminados por el país, o la del programa expositivo de Grandes Civilizaciones, que durante más de una década trajo el mundo a México (y aún perdura) son dos de los muchos logros que la museografía mexicana estableció para propios y extraños. El gobierno mexicano ha realizado una gran labor en materia de museos. Es justo decir que ha sido su sostén mayoritario. Pero todavía hay que hacer más. Surgen y surgirán más fórmulas museísticas y debemos estar abiertos a ello. Me parece formidable también que ya en esta década muchos de los grandes proyectos museales tengan su origen y desarrollo en las diversas entidades del país.

De seguro, por todo lo anterior y como expresé al inicio, México se ha ganado un espacio de consideración en el universo de los museos.

¿QUÉ SIGUE PARA TI EN EL MUNDO DE LOS MUSEOS?

Me retiré del INAH después de haber sido coordinador Nacional de Museos durante dos periodos y tras haber sido invi-

tado a una tercera gestión durante la administración de mi querido amigo el etnólogo Sergio Raúl Arroyo, la cual preferí declinar porque deseaba incursionar en otros terrenos de la labor museológica y museográfica. Exposiciones como la de *Maravillas y curiosidades* (como parte de las celebraciones por el aniversario 450 de la UNAM), o la de *Isis y la Serpiente Emplumada* (para el Fórum de Monterrey), o mi nombramiento como conservador de Palacio Nacional y, por tanto, participe en la creación de la Galería de Palacio Nacional son experiencias museísticas que he disfrutado y pertenecen al género de lo que deseo realizar en estos momentos

Ahora quiero comenzar otra etapa, más internacional, participar en proyectos entre países y museos que comparten pasados y presentes. Habrá propuestas al respecto. Por último te informo que dentro de no mucho tiempo saldrá un volumen sobre museografía coordinado por este amigo tuyo ✚

* Museógrafo, Centro de Estudios de Museos, UACM